El autor analiza el término de élitas democráticas. Relaciona y afirma que Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Robert Michels son quienes pueden considerarse los "élitistas" por excelencia. Sin embargo, de ellos, es Mosca quien asume positiva y conscientemente la teoría elitista de la democracia. Para aseverar lo anterior, el autor engloba y deslinda diferencias entre estos autores, y con ello, queda claro el aparente contrasentido del concepto.

The democratic elite theory

The author analyzes the term "democratic elite". He makes the relationship and states that Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto and Robert Michels are the ones who can be considered the 'élitista' par excellence. Of the three, however, Mosca is the one who assumes the elitistic theory of democracy in a positive and conscientious manner. In order to assert the above, the author encompasses and makes distinctions among these authors, and in doing so, the apparent contradiction of the concept becomes clear.

* Profesor-investigador del Departamento de Política y Cultura de la UAM-Xochimilco.

Argumentos 28, diciembre de 1997
La théorie des élites démocratiques

L’auteur analyse le mot élites démocratiques. Il établie les rapports entre Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto et Robert Michels et avance que ce sont eux qui peuvent être considérés comme les "élitistes" par excellence. D’entre eux, c’est Mosca, pourtant qui assume d’une façon positive et conscient la théorie elitiste de la démocratie. A fin de soutenir cette affirmation, l’auteur englobe et distingue des différences entre ces penseurs, rendant alors claire l’apparent contresens de cette notion.

El término de élites democráticas puede parecer un contrasentido en sí mismo, pues la idea tradicional que se tiene de la democracia es la de un sistema de igualdad de derechos y participación política, donde no caben distinciones entre una élite y una masa. Más aún, la idea romántica que se tiene de la democracia la refiere a un sistema donde las decisiones que atañen a la comunidad son tomadas en una asamblea popular, donde todos los individuos pueden proponer, discutir y decidir en común sobre las cuestiones planteadas.¹

Sin embargo, no es ésa la realidad democrática. No lo es en el presente y no lo fue tampoco en el pasado mediat o y remoto, pues desde que la democracia hizo su aparición como sistema de gobierno en la sociedad griega de la época clásica, las asambleas populares, donde se tomaban las decisiones, difícilmente podían considerarse un organismo igualitario y participativo y, en cuanto extensión y propósito, mucho menos podían considerarse populares.

En las democracias modernas no sólo han desaparecido las asambleas populares, donde las hubo, sino que además se aprecia una separación entre los individuos que se ocupan de los asuntos colectivos y quienes no se ocupan ni se preocupan de ellos; entre los individuos que participan en el gobierno y quienes no lo hacen. Esta separación, entre gobernantes y gobernados, es una realidad incultable en las democracias occidentales, es la manera como funcionan y se reproducen² la existencia de una élite gobernante y una masa gobernada que se funda ya no en una diferenciación funcional y transitoria, como lo pretendiera el ideal democrático, sino que se convierte en una separación social, de fronteras humanas y personales. En este sentido, para algunos, la realidad elitista de la democracia es una corrupción del ideal democrático y una fase superable del camino que conduce hasta la plena democracia, mientras que para otros la democracia elitista es el grado máximo de aproximación al que se puede llegar en la persecución de la democracia, la cual, con las


debidas precauciones y condicionamientos, puede funcionar de una manera que satisfaga una gran parte de las aspiraciones sociales.\textsuperscript{3}

Aunque existen pensadores políticos contemporáneos que describen y prescriban con gran profusión modelos de la democracia elitista,\textsuperscript{4} Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Robert Michels son quienes pueden considerarse los elitistas por excelencia, cuyas obras fueron escritas a finales del siglo pasado y principios del presente –los Elementi di scienza politica de Mosca se publicaron en 1896, Les systèmes socialistes de Pareto aparecieron en 1901 e I Partiti Politici de Michels data de 1915–, las cuales si bien se escribieron prescindiendo de la observación de algunas transformaciones posteriores de la sociedad, se nutrieron de los rasgos fundamentales del Estado moderno.

Así pues, aunque existen similitudes considerables en las ideas de estos tres autores, también existen diferencias dignas de tomarse en cuenta, pues de ello, sostenedemos, depende una comprensión más amplia y rica de la teoría de las élites democráticas.

La concepción de la historia

Existe una gran similitud en la concepción que sobre la historia tienen estos tres autores. Mosca y Pareto exponen explícitamente su idea de que la historia humana se puede describir como la lucha interminable entre una élite política que pretende perpetuarse en el poder y otra que presiona y lucha para expulsar a la primera de su puesto de mando y colocarse a sí misma en esa posición.

Especificamente Mosca es quien ilustra su tesis con una amplia gama de ejemplos extraídos de la historia del mundo occidental, para mostrar cómo a lo largo de la historia lo que en realidad ha transformado a la sociedad es la disputa entre las élites gobernantes y las élites emergentes. De hecho, casi toda la segunda parte de los Elementi se dedica a la exposición de estos ejemplos históricos, y aunque sea discutible que el contenido de la historia se centre en la pugna entre élites, en algunos casos es muy significativo y revelador aplicar ese enfoque.\textsuperscript{5}

Ni Pareto ni Michels son tan prolíficos al exponer los casos históricos que sustentan sus proposiciones; Michels adopta una formulación

\textsuperscript{3} Carl Friedrich advertía que, sin menosprecio de los valores éticos y sociales que deben sustentar el régimen democrático de una sociedad, uno de los problemas que había que solucionar era cómo lograr una evolución sana de las élites funcionales de la democracia. Cfr. La democracia como forma de vida y como forma política, Madrid, Tecnos, 1966.

\textsuperscript{4} Dentro de esos autores ocupa un lugar destacado Robert Dahl, aunque de una forma u otra también puede incluirse a Charles Lindblom, Seymur Martin Lipset, Giovanni Sartori, James Buchanan y, alguien no tan contemporáneo pero que es prácticamente el eslabón entre éstos y los clásicos, Joseph Shumpeter.

\textsuperscript{5} "Se puede decir que toda la historia de la humanidad civilizada se resume en la lucha entre la tendencia que tienen los elementos dominantes a monopolizar en forma estable las fuerzas políticas y transmitirle su posesión a sus hijos en forma hereditaria; y la tendencia no menos fuerte hacia el relevo y cambio de esas fuerzas y la afirmación de fuerzas nuevas, lo que produce un constante trabajo de endósmosis y exósmosis entre la clase alta y algunas fracciones de las bajas", Gaetano Mosca, La clase política, México, FCE, 1992, p. 126.
muy parecida a la ley de la circulación de las élites de Pareto, aunque en realidad haya sido un entusiasta discípulo de Mosca, de quien recibió la mayor influencia. 6 Ambos autores se refieren sólo a algunos casos aislados donde la decadencia de una élite y la emergencia de otra han marcado grandes transformaciones y revoluciones sociales. Esta concepción de la historia resulta muy interesante y sugestiva puesto que no sólo se aparta de interpretaciones teológicas o racionalistas del devenir humano, sino que también se aleja decididamente de la tan difundida interpretación positivista de la historia a lo largo de todo el siglo XIX y especialmente durante la época en que se formularon estas ideas y se publicaron las obras mencionadas. 7

Concebir la historia como un proceso de cambio y devenir que produce incesantes equilibrios y desequilibrios dinámicos es un gran avance frente a las concepciones que la imaginan como la búsqueda de un ideal, un sistema o un estado de desarrollo. Hasta aquí resulta útil y atractiva esta idea de la historia, pero debe cuestionarse abierta y justificadamente que la historia se reduzca a ello, pues a pesar de que el protagonismo social que registran los anales históricos corresponde a las élites o a grandes hombres, no puede pensarse que en todo momento las masas sólo obedezcan los designios de éstos.

Mosca es puntilloso al señalar la molicie de las masas, pues afirma sardónicamente que jamás se ha visto que los muchos dirijan a los pocos, ni que alguna ideología, religión o programa político usado en contra de un orden determinado tenga otro fin que el de desplazar a la élite dirigente para sustituirla por otra, sin que importe mucho el contenido del ideario político y social usado para debilitar el principio de legitimidad precedente.

De hecho, Mosca y Michels consideran necesario que los gobernantes brinden reverencias ante los máximos símbolos de la mitología democrática, como la libre determinación del sufragio, la soberanía popular, el gobierno representativo o la división de poderes, y ello es preciso, dado que en una era de ideología democrática es muy difícil llegar hasta el gobierno esgrimieron un programa político alejado del vocabulario democrático y sin rendir el debido tributo a todos esos conceptos a los que son tan devotas las masas de los Estados modernos. 8 Sin embargo, ambos autores advierten que las democracias

---

6 A pesar de que Mosca haya sido prácticamente el fundador de la teoría elitista, el pensamiento político posterior adoptó precisamente el concepto paretiano de élite, y no el de clase política acuñado por Mosca. Una amplia exposición de la polémica que sostuvieron ambos autores, reclamando la paternidad de esta teoría, que con toda justicia correspondía a Mosca, se encuentra en el estudio clásico de James Meisel, El mito de la clase gobernante, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

7 También debe considerarse que hacia mediados del siglo XIX aparecieron varias obras en donde la concepción de la historia universal se vinculaba directamente a la vida de los héroes y los grandes hombres. De ellos, dos ejemplos paradigmáticos son Los héroes de Carlyle y Hombres representativos de R. W. Emerson.

8 James Burnham, quien escribió Los maquiavelistas: defensores de la libertad, uno de los libros clásicos sobre el pensamiento de los autores que estamos examinando y el cual influyó de una manera decisiva en la teoría política de la segunda mitad del siglo XX, apuntaba en ese mismo texto que a la élite política había dos cosas que debían caracterizarla; una era el uso de la fuerza y otra el uso del fraude. Lo peculiar resulta de que estos dos rasgos no se tomaban en su aspecto negativo y reprovable, sino en su dimensión positiva, es decir, aludiendo a que al dirigirse a la masa la élite no podía hablar siempre con la "verdad" y a
contemporáneas son terriblemente susceptibles a ser seducidas por propagandistas y demagogos profesionales, quienes utilizando estos mismos instrumentos pueden llegar a ocupar el gobierno. Es decir, una cosa es que las élites se vean forzadas a respetar los mitos democráticos y otra muy distinta es que de ello se aprovechen aventureros y oportunistas políticos.

Tanto Mosca como Pareto conciben que el orden político ideal de la sociedad depende fundamentalmente de la élite, esto es: cuando la élite gobernante está constituida por una verdadera aristocracia. Esto no significa que dejen de lado la composición del resto de las clases sociales, sino que parten de las élites como el indicador más conveniente para determinar el estado social. Michels no acepta sino a regañadientes esta idea, pues su descripción de la democracia elitista y la ley de la circulación de las élites la hace con más resignación y amargura que con afán prescriptivo y programático.

La diferenciación entre una élite y una aristocracia es uno de los aspectos más polémicos del enfoque elitista, pues dentro de la teoría política contemporánea difícilmente se acepta discutir la existencia de una aristocracia, pues la ideología democrática ha repudiado la clasificación de los seres humanos atendiendo a sus cualidades o categorías, sometiendo a una mirada suspicaz y recelosa a todo aquel que pretenda algo así. Empero, ésa es una de las características más importantes del pensamiento de estos autores, pues insisten en que la existencia de un estrato gobernante y uno gobernado es algo inherente a las sociedades humanas y que de la calidad de la composición de la élite depende la existencia, armonía y viabilidad de todo orden social.

En este sentido, cabe señalar que la idea de la naturaleza humana de Pareto es claramente darwiniana. Para él, los hombres nacen dotados de distintas cualidades y aptitudes, tanto en tipos como en cantidades. Es decir, algunos tienen disposición para la política, otros para las artes, otros para los negocios, otros más para los deportes, etcétera, y dentro de cada grupo hay algunos que son muy buenos, otros buenos y otros simplemente regulares. De este modo, existen muchos tipos de élites en la sociedad, y aunque pueden dividirse en dos grandes grupos —las élites de gobierno y las de no-gobierno—, todas ellas interactúan entre sí de múltiples formas.

que en ciertos casos, para conservar el orden o llegar al poder, era necesario el uso de la fuerza.


10 Quien se acerque a la obra capital de Michels, Los partidos políticos, podrá observar cómo su descubrimiento de la formación de las oligarquías en la sociedad y el dominio de las élites lo postula con un gran desencanto y resignación, en lo que influyó sobramanera la vida interna del Partido Socialdemócrata Alemán. No obstante, en una obra posterior, Introducción a la sociología política (1927) da un giro de 180 grados, y pondera con fervor las bondades del "gobierno carismático", donde destaca particularmente las virtudes del propio Mussolini, lo que no sólo contrasta con sus pensamientos anteriores, sino que difícilmente puede justificarse desde cualquier punto de vista que se le observe.

Para él, la manera en que se nutre la élite de la sociedad es eminentemente orgánica y biológica. De hecho, afirma que, por fortuna, en los tiempos modernos los ricos y poderosos tienen pocos hijos y los pobres muchos, lo que permite que de los muchos hijos de los pobres sólo puedan sobrevivir los mejor dotados, sólo quienes puedan superar el medio de pobreza y privaciones en que se desarrollan. Así, los más fuertes y sagaces podrán ocupar los lugares que se van desocupando dentro de la élite, gracias a que los poderosos tienen pocos hijos. De otro modo, si éstos tuvieran muchos contarían con los recursos para salvarlos a todos, aun a quienes no lo merecieran, y ocuparían así los sitios para los miembros provenientes de las clases inferiores.

Pero además de este darwinismo tan poco refinado, Pareto va más allá y se arroja francamente en los brazos de un romanticismo euroopeo más acorde con este principio del siglo xix que con el siglo xx. En uno de los tantos pasajes polémicos de su obra, escribe que las clases rurales son quienes deben nutrir y renovar las élites de cada sociedad, pues en ellas se encuentran elementos bien ejercitados, fuertes y sanos, con un cerebro poco extenuado por las premuras de la vida urbana, lo que bien puede determinar una vigorosa recomposición de la élite.

En Mosca y Michels tenemos una concepción menos organicista, pues señalan que una buena parte de las aptitudes de gobierno son aprendidas, tomadas del medio social. De hecho, Mosca desarrolla en varios de sus trabajos una detallada concepción meritocrática, asentada sobre todo en un sistema educativo adecuado y eficiente. Especialmente en *Teorica del governi e governo parlamentare* y en *La constituzione moderne* señala, con reiteración, que una de las faltas más evidentes de los gobiernos modernos, en particular del italiano, es la escasa e inadecuada educación de sus funcionarios públicos.

Tanto Mosca como Michels atribuyen un papel fundamental al medio social como condicionante de las capacidades y limitaciones del individuo, es decir, establecen con claridad que la composición de la élite no se da por una “selección natural”, sino por una “selección social” en la que intervienen con certeza las facultades orgánicas innatas de los hombres, pero notablemente potenciadas o neutralizadas por las condiciones sociales.

Sin embargo, en ninguno de los tres se da una consideración detenida de los medios de promoción social al alcance de cada clase, no se da un examen más riguroso del tipo de oportunidades que se presenta en cada grupo social para que los individuos que lo integran desarrollen sus cualidades y hagan valer sus méritos en cada aspecto de la vida social.

Ciertamente, como lo dice Mosca, en cada época y lugar existen distintos mecanismos y senderos para ascender a la élite, y si en

---

13 *Cfr. Pareto, Escritos sociológicos,... op. cit.*
14 *Teorica dei governi e governo parlamentare* es un trabajo juvenil, que Mosca escribió cuando apenas tenía 24 años. Aunque posteriormente aceptó la ligereza y apresuramiento de muchos de sus juicios vertidos en esa obra, su lectura es muy interesante, sobre todo porque ya se plantea de una manera bastante acabada su teoría de la clase política y por el diagnóstico político-social que hace de las distintas regiones de la Italia de aquella época.
algunas épocas del pasado fueron las armas y la profesión militar la vía más socorrida para formarlas, en el mundo moderno este papel ha correspondido fundamentalmente al dinero. Así, a causa de la turbulencia y agitación que provocan los desórdenes sociales, las élites militares pueden nutrirse con más de los mejores elementos, lo que las hace más sanas, en tanto que en un ambiente plutocrático las élites tienden a encerrarse con más fuerza para impedir la promoción de las clases inferiores.

No obstante, es difícil aceptar que un determinado orden social permita sin distorsiones y sesgos el ascenso de lo mejor de la sociedad. ¿Cómo localizar a los mejores? ¿Quién decide cómo seleccionarlos; y qué aspecto debe tomarse en consideración? ¿Acaso los mejor dotados deben enfrentar los mismos obstáculos y dificultades que se presentan en los demás; o es preferible hacerles las cosas más fáciles?

No es simple responder a estas interrogantes, y por el momento basta considerar que los mecanismos de promoción social, ya sean naturales o sociales, lejos están de gozar de la imparcialidad deseada por los elitistas, y aun en los mejores tiempos y situaciones, los accesos a la élite se encuentran bloqueados de varias maneras. Y todavía es peor si se observan algunas experiencias históricas y se corroboran que quienes llegan a la cumbre de las pirámides políticas y económicas no son precisamente "los mejores" sino los que han hecho "lo necesario" para llegar. Es posible que en ello tengan razón estos autores y estemos en presencia de élites pero no de aristocracias, lo cual tampoco resuelve el problema, pues si los elitistas parten de la idealidad de la democracia para criticar su realidad, igualmente podría hacerse con el ideal de la aristocracia, el cual también está bastante alejado de la realidad.

Para los elitistas el orden social y político funciona correctamente cuando las élites gobernantes se forman con los mejores elementos, cuando existe una verdadera aristocracia. Para ello, el orden social debe ser lo suficientemente flexible y permitir que los mejores elementos de las clases inferiores se incorporen a la élite, y que los miembros de la élite que pierdan sus calidades sean desechados. De este modo, cuando el orden social no goza de esta flexibilidad y la élite degenera, los mejores elementos se van acumulando en los estratos inferiores, y es suficiente el menor desequilibrio interno o externo para que se provoque una revolución que desplace violenta y masivamente a la élite decadente e instaure una nueva, capitaneada por los mejores elementos de la masa y por aquéllos de la élite decadente que renunciaron a ella y tuvieron la suficiente capacidad y calidad para incorporarse a la nueva.

En este sentido, la revolución es expresión de un cáncer social que se ha venido reproduciendo durante mucho tiempo. En estos términos, no es expresión de salud sino de enfermedad.\footnote{Una de las críticas más sobresalientes a los teóricos del elitismo democrático es que anteponen el valor de la democracia como medio para mantener el equilibrio social más que sus potencialidades como instrumento del cambio, crítica que en buena medida es correcta, sin embargo, es necesario considerar con}
En este sentido, la revolución es expresión de un cáncer social que se ha venido reproduciendo durante mucho tiempo.

La historia sigue pues una ruta interminable de renovación y revolución, la renovación es muestra de que la circulación de las élites está funcionando, la revolución muestra que algo no marcha bien. Pareto llega a decir que La historia es un cementerio de aristocracias.

Michels, por su parte, atribuye la ley de la circulación de las élites a Pareto y retoma un número importante de ideas de él y de Mosca, aunque muchas de ellas las reelabora y transforma. En primer término, considera que nunca se da una sustitución de una élite por otra sino que se da una amagama, es decir, que ni en los momentos más difíciles de un orden social una élite es completamente sustituida por otra. Además, para Michels es muy dudoso que el circuito de la circulación de las élites recorra toda la estructura social, es decir, más que en un solo circuito de circulación de élites hay que pensar en varios, encadenados consecutivamente pero no de manera unitaria y progresiva. Esto significa que es muy difícil que un miembro del sector más desposeído de la población llegue a los niveles superiores y, de modo inverso, que un integrante de la élite caiga directamente hasta los niveles más bajos.

Aunque Michels no lo plantea explícitamente, es posible deducir que sugiere la posibilidad de que la circulación de élites no abarque toda la estructura social, sino que pueda estar circunscrita a una sola clase social, la superior, y eventualmente abrirse a algunos elementos de las clases medias. De acuerdo con esta perspectiva, Michels plantea que la clase gobernante está formada por dos partes: una élite y una aristocracia. La primera no cede el poder por ningún motivo ni acepta ser desplazada de los puestos clave, y para gobernar se sirve de varios tipos de aristocracias: una aristocracia de burócratas, una de intelectuales y otra de empresarios, en las cuales sí se presenta la circulación.

Reducir la historia humana a la secuencia consistente en la formación, conservación y sustitución de élites parece excesivo, pues en ella participan otros factores sociales, económicos y aun políticos que es necesario considerar. Ninguno de los tres autores a que nos referimos afirma terminantemente que la historia se limite a la circulación de élites, pero encuentran en ello la esencia del proceso histórico, lo que no deja de ser polémico, pues al vaciar de cualquier otro contenido las transformaciones históricas, lo que queda es un simple juego de mayor detenimiento el concepto de equilibrio que manejan, pues como se mencionó anteriormente, no descartan la posibilidad de transformación e incluso de revolución para corregir la estructura social. Cfr. Peter Bachrach, Crítica de la teoría elitista de la democracia, Buenos Aires, Amorrortu, 1992.
intercambio de piezas útiles por las que han dejado de serlo, una noción que por su circularidad pierde cualquier otra dimensión y propósito.

El hombre y la masa

El concepto que sobre la naturaleza humana tienen los tres autores es bastante similar: todos los hombres están marcados por la aspiración de dominio y perpetuación de su poder. Michels lo formula de una manera casi oracular cuando dice que la aspiración de dominio está presente en todo hombre nacido de mujer.

Burnham intenta suavizar este aspecto al interpretar que cuando estos autores describen este tipo de conductas están aludiendo al ser humano en tanto hombre político, es decir, en cuanto a su conducta frente al poder y la competencia por él contra otros hombres, lo que no implica que sea así en todas sus actividades sociales. Burnham equipara este concepto de hombre político con el de hombre económico que usó Adam Smith hace un par de siglos. No obstante, parece que poco se consigue en ese propósito, pues la idea que tienen estos autores sobre la vocación despótica de todos los seres humanos es algo que rebosa en las obras en cuestión y determina de uno u otro modo la mayor parte de los distintos aspectos de la convivencia humana.\footnote{J. Burnham, \textit{Los maquiavelistas}, ... \textit{op. cit.}}

La educación y el medio social pueden moderar y limitar esas aspiraciones e inclinaciones, pero no suprimirlas. En un régimen despótico no sólo la clase gobernante tiene una conducta tiránica y represiva, sino que todas las otras clases comparten esos valores, pues incluso las clases inferiores conciben su liberación como la posibilidad de ejercer el poder despótico.

Para Mosca, dentro de un régimen liberal los hombres pueden aceptar limitar sus deseos frente a sus familiares y amigos, a lo cual llama simpatía, y también lo pueden hacer frente al resto de los hombres, pero en este caso se trata de un verdadero sentido de justicia. No obstante, esta limitación se respete de una forma negativa, es decir, a causa de que en un régimen liberal los individuos aprenden a moderar sus aspiraciones en tanto que el resto de la sociedad haga lo mismo, es decir, se construye un mecanismo de mutua restricción conveniente para todos los ciudadanos.\footnote{Podría decirse que el concepto de libertad yaciente en estos autores es el de la libertad negativa, para adoptar la ambivalencia que sobre ese término propuso Isaiah Berlin. \textit{Cfr. Conceptos y categorías}, México, FCE, 1983.}

Para los elitistas la bondad humana por naturaleza no existe, es una ficción. Exactamente a la inversa que Rousseau, para quien la civilización era la corruptora del ser humano, pues en esencia y origen éste no podía ser más que un “buen salvaje”, los elitistas conciben que una sólida y bien encaminada educación cívica puede atemperar esa vocación de dominio. Por ello mismo, las ideologías políticas y los movimientos sociales que anteponen la idea de la bondad original del hombre y su corrupción adquirida, pretenden sólo enmascarar sus verdaderas intenciones, que son las de suplantar un determinado orden social por aquél que ellos mismos defienden.

Más aún, Pareto y Mosca consideran que una época en decadencia se caracteriza por la difusión de ideas igualitarias y humanitarias,
lo que de otro modo debería interpretarse como el cuestionamiento que se está haciendo a la legitimidad de las élites, pues una élite debe mostrar en todo momento el vigor y la determinación necesarios para defender su posición, aun cuando para ello se precise recurrir a la fuerza. Y ésa es otra de las características más relevantes de los elitistas: el preferir cualquier orden político antes que la anarquía, la cual es precisamente no sólo la ausencia de toda institucionalización de poder, sino la ausencia de todo orden.18

Así pues, ante una sociedad fundada por hombres egoístas y ambiciosos, el orden social puede mantenerse sólo si existen instituciones públicas y tradiciones éticas que limiten las acciones individuales y colectivas que amenazan este ordenamiento.

Por ello, los elitistas tampoco confían en el poder absoluto de un soberano o de una aristocracia, pues aunque se presentan casos en que se ejerce este poder de forma moderada y provechosa para la comunidad, las más de las veces no resulta así, y el poder absoluto pronto degenera en despotismo. Es necesario pues que la élite gobernan te esté vigilada y custodiada por otras élites y por la misma presión de la masa. Michels, refiriéndose a las élites de los partidos políticos, dice que la democracia provoca que una élite sea sustituida por otra, pero siempre y cuando ésta conciba al mismo tiempo la posibilidad de recuperar el control del Estado, lo que produce un equilibrio dinámico que mantiene estable el sistema.19

Así sucede también con la masa, cuya presión puede inclinar hacia uno u otro lado la acción del gobierno. Los elitistas no excluyen inopinadamente la acción política de las masas, sino que advierten en contra de sus excesos, y de ellas lo que más se teme es su acción como conjunto, no la simple suma de individuos.

Pero debe notarse que lo que se teme es el efecto masa, esto es, la inmersión del individuo en la multitud; cuando el individuo se guía no por la razón y reflexión, sino por el ánimo de la masa. Esto es más patente cuando la multitud se encuentra reunida, cuando se realiza una asamblea popular, y un demagogo enciende los ánimos de la muchedumbre, lo que logra no apelando a la razón sino a los sentimientos. El individuo inmerso en la multitud pierde la personalidad y el sentido de responsabilidad, sólo se deja llevar, lo que ocurre no sólo en el caso hipotético de que esté reunido en una multitud, sino que también se observa un efecto similar cuando a través de los me-

---


19 Una de las exposiciones más extensas y detalladas acerca de la manera en que las distintas élites sociales actúan como contrapeso unas de otras y se obstrepan mutuamente en la persecución de la hegemonía total se encuentra en el libro de Robert Dahl y Charles Lindblom, Politics, Economics and Welfare, Harper & Row, 1953.
dios masivos de comunicación un oportunista logra infundir esperanzas y provocar que la población se le entregue por completo. De esta manera, en ocasiones llega a involucrarse a todo un país en aventuras políticas temerarias, que al final sólo producen ruina y frustración, como ya ha sucedido tantas veces en la historia de la humanidad, y se ha presenciado muy recientemente en los casos de varios presidentes ex presidentes de América Latina.

Sobre los tres pesa la leyenda negra de rechazar el sufragio universal. Pareo insistía en que con la extensión del voto lo único que se conseguía era que se generalizara su compra-venta, lo cual ya se daba en cierta forma en el antiguo régimen, sin embargo mientras que en aquél la aristocracia compraba los votos con su dinero, en los regímenes contemporáneos los demagogos compran el voto popular con el dinero del propio pueblo. Mosca escribió varios artículos, y pronunció también numerosos discursos en el senado italiano en contra del sufragio universal; a quienes lo proponían los instaba a que observaran las condiciones reales del país, sobre todo de las provincias meridionales, donde una férrea jerarquía social y un enorme atraso económico y cultural anularían y harían contraproducentes las bondades de la ampliación del sufragio.20

Además, el efecto masa no es lo único pernicioso, sino también el bajo nivel cultural y educativo de las clases gobernadas. Ésta es una de las razones por la que los tres autores comparten también su aversión al sufragio universal, el cual incorpora al cuerpo electoral a una masa de individuos ignorantes e indefensos ante los demagogos democráticos, lo que lejos de convertirse en una práctica libertaria, redundaba en un burdo deporte de conducir multitudes.21 Michels es también tajante en su apreciación del voto general; no sólo resalta extensamente la patología de la multitud, la cual se inclina mansa e irreflexivamente ante los halagos del demagogo, sino que además recuerda cómo a través de toda la historia podrían señalarme las más amargas experiencias cuando se ha recurrido al referéndum o al voto popular para decidir una cuestión fundamental del Estado.

Aunque quizá esta aversión equivoque la causa, no es infundada, pues los elítilistas tenían frente a sí las turbulentas experiencias políticas de finales del siglo XIX y principios del presente, en las que la compra monetaria de los votos, el comportamiento veleidoso e imprevisible de los parlamentos y la proliferación de demagogos oportunistas y timadores provocaron una serie de instabilidades y desórdenes que no sólo acabaron con las instituciones democráticas de algunas sociedades occidentales, sino que además provocaron efectos colaterales cuyas consecuencias repercutieron por un largo tiempo en este hemisferio.

20 Varios de estos artículos y discursos se encuentran en el volumen Ció che la storia potrebbe insegnare, Milán, De. Dott. A. Giuffrè, 1958.
21 Karl Manheim en El hombre y la sociedad en época de crisis, y Ortega y Gasset en La rebelión de las masas señalan que, el papel más importante de las élites sociales está en su promoción del desarrollo cultural, no en su simple posición de privilegio, conducción y gobierno.
Las estratagemas de Bismarck para entronarse en el gobierno prusiano, el referéndum que convirtió a Napoleón III en emperador, la debilidad de la República de Weimar y el irresistible ascenso de Mussolini son algunas de las consecuencias de movimientos políticos que tenían como base la participación popular en la política directa y en las elecciones democráticas de esa época.

Ésta es una de las razones más importantes por las que los elitistas abrazan el liberalismo y repudian la democracia, pues en nombre de la segunda se cometían los abusos más escandalosos del momento, atropellando en muchos casos las libertades individuales y las de las minorías en aras de una supuesta voluntad general y de una omnipotente soberanía popular. Las ideologías democráticas alimentaban irresponsablemente los apetitos igualitarios de las multitudes, muchas veces sólo guiados por el resentimiento y la ambición, a veces deseando incluso la más burda justicia, la que exige la igualdad de placeres y dolores.

En ese sentido, los elitistas rehuyen también ciertos rasgos de algunos sistemas democráticos, como el de Atenas, en los cuales llegó a darse el caso de que algunos cargos públicos se distribuyeran por suerte, prescindiendo de cualquier característica o requerimiento que debieran llenar los candidatos, otorgando a la suerte lo que en los sistemas aristocráticos se reservaba al mérito y la calidad.

Es muy importante entonces acentuar que los elitistas no descartan a la masa por un exclusivismo higiénico o intolerante, sino porque el efecto masa es una situación que se puede presentar en todas las sociedades, aunque es más probable que se dé en aquellas caracterizadas por un bajo nivel cultural. También es necesario acentuar que no confían tajantemente en la buena voluntad de las élites, pues aunque se presume que ése es el distintivo de una élite sanamente constituida, siempre se requiere de un diseño constitucional y un orden ético que contenga las extralimitaciones de éstas.22

El pluralismo social

En la concepción de los elitistas resalta la oposición común hacia la concentración de poder y riqueza en un solo organismo o en unas solas manos. Una de las condiciones más importantes de una sociedad justa es que estén divididos el poder político y la riqueza, pues la concentración de ambas conduce al despotismo. Mosca, en particular, expone ampliamente la importancia de ello al referirse al tránsito de lo que él llama el Estado feudal y el Estado burocrático. Describe cómo en el primero existen muchas unidades económico-políticas en las cuales se da una gran concentración de atribuciones y poderes en una sola autoridad, mientras que en el segundo existe una sola unidad económico-política, en la que existe una sola autoridad política, pero con poderes restringidos, y una serie de poderes económicos y sociales que tienen sólo una cantidad limitada de atribuciones.

22 Aunque difícilmente podría considerarse a Hans Kelsen partidario del elitismo, éste señala que si bien la democracia supone la posibilidad de que las leyes que serán obedecidas por la sociedad sean sancionadas por ella misma, estas mismas leyes tienen también el cometido de imponer límites y restricciones a los líderes y gobernantes, lo cual es imprescindible para la conducción de los asuntos públicos de toda sociedad. Cfr. Esencia y valor de la democracia, Labor. 1968
No obstante, el mismo Mosca reconoce que la experiencia de arribar al Estado burocrático es un avance no libre de inconvenientes, pues aunque en él se concreta el predominio de los poderes públicos sobre los privados, se da también una excesiva concentración de los primeros, lo que en muchos casos conduce nuevamente y bajo formas inéditas a la centralización política y económica.

Por otro lado, es preciso también que estén separados la Iglesia del Estado, la milicia de la burocracia, los comerciantes de los industriales, etcétera, y mejor todavía si dentro de cada uno de esos campos existen igualmente élites en competencia. En este sentido, podría decirse que el orden social se mantiene no por la coordinación de las élites, sino por los controles mutuos de la competencia.23

Tanto Mosca como Michels llegaron a concebir que la fortaleza de la élite consistía en su cohesión y coordinación de acciones, lo cual hacía que la élite actuara en conjunto y la masa dispersa. Pero más que una cohesión de este tipo, lo que haría pensar que la política y la historia son producto de las conspiraciones y caprichos de unos pocos comités, de una disputa juguetona entre los dioses del Olimpo, cosa que está bastante lejos de la realidad, lo que en verdad se presenta es una identificación de intereses vitales y necesidades reproductivas que se dan tanto en la élite como en cualquier otro grupo humano, pues imaginar que la élite política o económica actúa unánime y unidirectionalmente es más un producto de la aversión a las élites que una observación de los acontecimientos.

La famosa ley de hierro de la oligarquía formulada por Michels encierra una paradoja indeseable e insuperable: mientras que la sociedad necesita de la organización de muchos de los aspectos de la vida en común, toda organización crea en su seno su propia oligarquía, pues la representación y delegación de funciones inherentes a toda corporación la producen automáticamente. Así, siendo la organización un producto de la necesidad y voluntad de la comunidad, la oligarquía que alimenta pronto se emancipa de ella, superponiéndosele y controlándola ineludiblemente. La manera más escueta que Michels usó para enunciar esta ley fue ésta: *Quien dice organización dice oligarquía.*

A partir de este razonamiento Michels llega a plantear que aun cuando dentro de los partidos políticos se da una estructura oligárquica, su confrontación puede producir un efecto democrático en el resto de la sociedad, pues al perder el favor de los votantes, necesariamente tendrán que incorporar a su ideario político y su programa de acción las aspiraciones y demandas de las clases inferiores.

De este modo, el elitismo democrático y esta teoría de la organización encierran una de las mayores dificultades de la teoría democrática, pues ¿cómo puede pensarse que organizaciones políticas particulares, donde privan estructuras y prácticas oligárquicas, puedan tomar el control del Estado sin transferir a éste tales características? Ninguno

---

23 La concepción de la democracia como un mecanismo político de elección de élites gobernantes que se enfrentan en competencia se debe, luego de los tres autores que estamos examinando, a Joseph Stumpeter, quien estableció un paralelo entre la democracia y la economía de mercado donde se publicitaba en gran medida la soberanía del consumidor. *Cfr. Capitalismo, socialismo y democracia*, Orbis, 1963.
de los tres niega esta tendencia, por lo que se apresuran a plantear que la vacuna contra ello es precisamente el pluralismo que confronta unas élites con otras. No obstante, también señalan que es conveniente una difusión de ideas y prácticas democráticas en toda la sociedad, lo cual pone un punto de tensión insuperable entre las tendencias organizativas de la democracia y sus requerimientos éticos y conductuales.

Llegado a este punto es útil distinguir tres tipos de pluralismo que yacen en los planteamientos de estos autores. El primero de ellos podría anunciarase como un pluralismo económico, es decir, la existencia de varios grupos empresariales o capitalistas que compitan para aprovechar las oportunidades de inversión y se obstruyan mutuamente de tal forma que ninguno de ellos pueda hacerse del control económico de la nación. Aunque Mosca y Michels apuntan en algunos pasajes de sus escritos la importancia de este tipo de pluralismo, es Pareto quien le da más importancia y lo expone con mayor extensión.

El segundo tipo podría llamarse pluralismo social o organizativo, pues se refiere a la conveniencia y necesidad de que existan distintos grupos sociales organizados, los cuales pueden ser asociaciones de profesionistas, instituciones de educación, agrupaciones religiosas, circunscripciones vecinales, etcétera, mismas que no sólo sirven como canales de expresión de intereses y aspiraciones particulares, sino que además representan también un freno a las ambiciones del poder absoluto.

El tercer tipo consiste en el pluralismo político, el cual consta de dos dimensiones. La primera se refiere a la participación de diversos partidos políticos en una misma sociedad, los que deben aglutinar a élites distintas y oponerla en la competencia por el poder, lo cual produce un efecto democrático cuya conveniencia y utilidad han quedado expuestas más arriba. La segunda se desprende de la concepción del Estado yacente en estos autores. Para ellos, como para los pensadores políticos griegos clásicos, el Estado está compuesto por partes diferenciadas, por clases sociales que tienen una característica y función específica dentro de él. Así, reconociendo como una realidad transhistórica la existencia de clases sociales dentro de los Estados, todos ellos, aunque Mosca con mayor insistencia, asignan una gran importancia a la conformación y participación política de cada una de las distintas clases sociales, de cuya influencia y hegemonía depende en gran medida la orientación y constitución del Estado.24

En este sentido, como Aristóteles, Mosca atribuye una gran importancia a la extensión y calidad de la clase media para evitar la corrupción del Estado y caer en un gobierno tiránico. No obstante, el mismo Mosca advertía de la decadencia de la clase media después de la primera Guerra Mundial, lo cual estaba determinando que los Estados occidentales fueran presa cada vez más fácil de los regímenes totalitarios. A pesar de que Mosca no habla en ello, puede inferirse que no se refiere básicamente a la contracción numérica

de la clase media, sino a su transformación: a su tendencia cada vez más pronunciada a convertirse en un sector asalariado y dependiente de las oficinas burocráticas o de las grandes corporaciones privadas, lo que alejaba a esta clase de la idea que se tenía de ella en siglo xix, o incluso en tiempos más remotos, es decir, la de una clase próspera, independiente y consciente de sus derechos y atribuciones.

La teoría política moderna no ha aceptado más que indirectamente el papel político y constitucional de las clases sociales en el Estado. Sólo la sociología electoral se ha ocupado de establecer determinadas constantes del comportamiento político de cada clase social, pero en su mayor parte estos intentos se han limitado a describir ciertos cambios y reacciones del electorado más que a construir una teoría política que explique prescriptivamente esas modificaciones.

En el mundo occidental estos pluralismos han sido revalorados notablemente en los últimos tiempos, sobre todo porque se consideran una extensión o, tal vez, una reexpresión de la tradición liberal más persistente. Pero también ha sido ampliamente criticada la teoría que adopta como uno de sus basamentos más sólidos a este pluralismo. Muchas de esas críticas ven en esa teoría la manifestación de un relativismo político que diluye las responsabilidades en una serie de sujetos políticos con facultades y realizaciones limitadas, cuyos alcances son también, supuestamente, muy modestos.\(^{26}\)

Mosca, Pareto y Michels han sido identificados con la tradición realista de la ciencia política por concentrarse en la descripción des carnada y directa de los sistemas políticos modernos. Esa peculiaridad les ha valido ser el blanco de muchas críticas que han visto en la democracia occidental el único sistema político que garantiza el ejercicio de las libertades individuales y la concordia social. No obstante, aunque muchas de las críticas que se les han hecho son válidas, antes de emitir un juicio sobre sus ideas deben considerarse dos factores clave: primero, que muchas de sus advertencias sobre los peligros que entrañaba la incorporación de masas a la política y la aparición de influyentes demagogos que pasan por sobre las instituciones democráticas han sido válidas, pues la historia del siglo xx está llena de ejemplos de este tipo; en segundo lugar, se debe tomar conciencia que muchos de los desarrollos contemporáneos de la teoría política tienen como sustento varias de las hipótesis formuladas por ellos, lo cual se olvida en no pocas ocasiones.\(^{26}\)

Por último, una vez que se ha englobado a estos tres autores dentro de una misma categoría, es conveniente también hacer notar que

\(^{26}\) Wright Mills no se refiere directamente a ninguno de estos tres autores, pero ha criticado las posiciones pluralistas englobándolas en lo que ha llamado la \textit{teoría del equilibrio}: “Al decir que existe un ‘equilibrio de poder’ puede significarse que un interés puede imponer su voluntad o sus condiciones a otros; o que cualquier interés puede crear un empate, o que con el tiempo queda satisfecho un interés y luego otro, en una especie de turno simétrico; o que todas las políticas son resultado de transacciones, que nadie consigue todo lo que quiere ganar pero que cada cual obtiene algo”. \textit{La élite del poder}, México, FCE, 1993, p. 232.

\(^{26}\) Ettore Albertoni, uno de los estudiosos más conocidos de Mosca, describe la notable influencia que ejerció en la teoría política en lengua inglesa a partir de los años treinta. Varios de los más conocidos teóricos norteamericanos, como Laswell, Kaplan, Mille, reflejaron en sus propios desarrollos el espíritu del análisis de Mosca. \textit{Cfr. Gaetano Mosca y la formación del elitismo contemporáneo}, México, FCE, 1992.
hay considerables diferencias entre ellos. Probablemente lo más importante sea señalar que la aportación más consistente y significativa es la de Gaetano Mosca, a quien tal vez también deba considerársele el más elitista de los tres. Como se explica más atrás, Michels se adhiere a la teoría elitista más por resignación y amargura que por convencimiento o convicción. El caso de Pareto es distinto, pues aunque es elitista por convicción, su interés está más encaminado a lograr la prosperidad económica de la sociedad que su armonía y equidad política; considera que la sociedad debe ser conducida por la élite dado que el propio ciclo económico está ligado a la vitalidad de esta y la perspectiva económica depende también de su apropiada conformación. Así pues, no sólo son muy criticables y en ocasiones endebles varias de las categorías del análisis sociológico de Pareto, sino que en muchos sentidos su elitismo obedece más a las reacciones contra el capitalismo especulativo que se iba perfilando hacia el final del siglo XIX que al interés de proponer la mejor constitución política de los Estados contemporáneos.27

Para Mosca, en cambio, la sociedad debe estar conducida por una élite, entendida ésta como una aristocracia y no como una élite plutocrática o cortesana, porque sólo de esa manera se puede aspirar a que el Estado sea gobernado con justicia y equidad, de una manera tal que se eviten las revueltas y asonadas no por la sola aplicación de la fuerza, sino porque el sociedad goza de tal conformidad política que serían innecesarias.

De los tres, es en Mosca en quien se puede encontrar el análisis político más consistente y los elementos teóricos más acabados y, aunque ello no implica que haya cuestiones polémicas y cuestionables en su obra, es el autor que más positiva y conscientemente asume la teoría elitista de la democracia.28

---

27 Pareto critica insistentemente la sustitución gradual e incontenible del capitalista emprendedor por el especulativo, un fenómeno que se extiende cada vez con mayor fuerza tanto en Europa como en América, y que fue criticado por gran cantidad de defensores del espíritu capitalista que había animado el gran desarrollo económico y tecnológico del siglo XIX. Entre esos críticos cabe otorgar un lugar destacado a Thorstein Veblen, quien con su famoso libro Teoría de la clase ociosa dejó una huella imborrable de las reacciones que provocó esa transformación.

28 Siguiendo la tradición aristotélica Mosca asigna un valor negativo a la democracia, como lo hicieron la mayor parte de los escritores políticos hasta mediados del siglo XIX, a partir del cual se le comenzó a redefinir en forma positiva, muchas veces haciendo de la equivalente al concepto de república, la cual era concebida como la versión positiva del gobierno popular. Es considerando esta transformación de la palabra democracia por lo que se dice que Mosca se adhiere a la teoría elitista de la democracia, pues atendiendo sólo al vocabulario que él empleó sería simplemente un gran absurdo.